

la comunicación. Nada impide, por otra parte, que cuando se haga necesario modifiquemos nuestra definición analítica.

Esta última afirmación del profesor Putnam sugiere la pregunta de si la formulación de definiciones analíticas que incluyen conceptos de criterios múltiples, por ejemplo mediante "postulados de significación" a la manera de Carnap, no podría justificarse también siguiendo las mismas líneas. Nada impediría tampoco abandonar, en caso necesario, un postulado de significación de este tipo y, mientras tanto, tendríamos las ventajas de un lenguaje estabilizado.

La observación precedente sólo pretende abonar en favor de la opinión de que los problemas aquí examinados distan mucho aún de un esclarecimiento suficiente. La contribución del profesor Putnam no deja de ser, por ello, una de las más valiosas e interesantes de las que se han hecho al tema.

OSCAR NUDLER

P. Henle ed., *Language, Thought and Culture*, University of Michigan Press, Ann Arbor 1965, 273 pp.

No solamente los filósofos contemporáneos han mostrado una predilección especial por los problemas lingüísticos como tema de análisis. También los antropólogos, críticos literarios, lingüistas, sociólogos y psicólogos han llevado a cabo investigaciones y desarrollado teorías que apuntan a un conocimiento cada vez más detallado y sistemático de los elementos, estructura y funciones lingüísticas.

El aislamiento que inevitablemente produce la especialización y que, en particular, caracteriza al estudio del lenguaje dentro de disciplinas tan diversas, es susceptible de ser superado mediante la reunión de figuras prominentes de cada campo con el objeto de intercambiar opiniones, formular críticas y ensayar —dentro de lo posible— la enunciación de concordancias que permitan desarrollar teorías de mayor poder explicativo respecto de la naturaleza y funciones del lenguaje.

Esta posibilidad, casi ideal, se hizo realidad en la Universidad de Michigan durante el año académico 1951-1952.

Apoyados económicamente por la Fundación Rockefeller (y, parcialmente, por la Fundación Ford), un grupo de destacados especialistas se reunió semanalmente durante dicho año y discutió una serie de problemas relacionados con el lenguaje y el simbolismo. El objetivo de las reuniones fue la integración de los diversos campos con miras a un estudio sistemático del lenguaje. Dirigió la empresa el filósofo norteamericano C.L. Stevenson.

El libro que comentamos contiene nueve trabajos dedicados a los temas que merecieron una especial y detallada atención. Dichos trabajos se presentan como meros capítulos de la obra, aunque en el prefacio se mencionan los nombres de los autores de cada uno de ellos. Se agrega —quizá como signo del posible éxito de las reuniones— que pese a ese origen personal, el libro “lleva la impronta de cada uno de los miembros del grupo”.

En lo que sigue comentaré sucintamente el contenido de cada trabajo siguiendo el orden de su presentación en el libro.

En el primer capítulo, titulado “Language, Thought and Culture”, P. Henle se propone analizar la conocida tesis que afirma la existencia de una dependencia inmediata entre el lenguaje, el pensamiento y la cultura, siguiendo en su discusión las importantes contribuciones de B. L. Whorf. Trata de aclarar, en lo posible, el sentido de dicha tesis o, por lo menos, de ofrecer una versión de la misma que sea susceptible de aplicación empírica efectiva. Para ello, limita el nivel lingüístico a la consideración del vocabulario, las inflexiones verbales y la estructuración de las oraciones. El nivel “pensante” es limitado a la función perceptiva y a ciertas formas de conceptualización. Con respecto a la cultura, Henle acepta la caracterización normativa en boga entre antropólogos y sociólogos. En un tema que se presta a la formulación de conclusiones espectaculares basadas en el juego de algunos ejemplos sorprendentes (“El idioma navajo tiene términos que corresponden aproximadamente a ‘blanco’, ‘rojo’ y ‘amarillo’ pero carece de términos equivalentes a ‘negro’, ‘gris’, ‘marrón’, ‘azul’ y ‘verde’ . . .”), Henle consigue no ser espectacular —lo que es un mérito. Su tarea es más bien programática y ofrece un enfoque que puede ser útil a antropólogos, psicólogos y sociólogos en la evaluación de sus hallazgos.

I. Copi es el autor del segundo capítulo, titulado “The Growth of Concepts”. Es un trabajo relativamente pobre, teniendo en cuenta la riqueza potencial del tema y la innegable aptitud analítica del autor. Copi discute primero “la naturaleza de los conceptos”, recorriendo sus dos clásicos sentidos: lógico y psicológico. Pasa luego a considerar el desarrollo de los conceptos en los niños basándose, principalmente, en las conclusiones de Dewey, Piaget y Goldstein. Por último, analiza el desarrollo de los conceptos en una cultura, para lo cual acepta como guía los cambios semánticos que pueden detectarse en el lenguaje. La autoridad que cita es Bloomfield (es curiosa la persistencia de las citas de Bloomfield en éste y en otros trabajos) y menciona una interesante observación formulada por Eric Havelock, en discusiones con el grupo de Michigan, respecto a

los cambios semánticos ocurridos en el griego desde la época de Homero a la de Pericles, reveladores de una tendencia a la abstracción (en el sentido de una mayor generalidad y teoriedad). Es obvia la conexión que esta observación guarda con el problema desarrollado en el primer capítulo.

Dos psicólogos, R. W. Brown y D. E. Dulaney, ofrecen en el capítulo tercero un análisis del lenguaje y del significado en términos de estímulo-respuesta. Es un trabajo serio que constituye, quizá, la mejor versión sintética de teorías de este tipo. La tesis central es que el aprendizaje del lenguaje es una variedad del aprendizaje instrumental, más que una mera respuesta condicionada. Dicho aprendizaje instrumental es influenciado en su desarrollo por la aprobación de la comunidad lingüística y supone discriminaciones perceptuales apropiadas. Factores similares pueden ser detectados en la respuesta lingüística. Los autores citan una abundante bibliografía y analizan algunas de las limitaciones a que está sujeta la teoría (por ejemplo: ¿cómo explicar la aparición de formas semánticas nuevas que se adecúan a las estructuras gramaticales existentes?). Ofrecen, también, una excelente crítica a la teoría disposicional desarrollada por Charles Morris en *Signs, Language and Behavior*. Cabe destacar que este trabajo fue elaborado con conocimiento de las teorías desarrolladas paralelamente por B. F. Skinner que culminaron con la publicación de *Verbal Behavior* en 1957.

El tema "lenguajes artificiales" es objeto de un nuevo trabajo de I. Copi. Comienza mostrando cómo el interés de los lógicos y de los matemáticos ha coincidido en cuanto a admitir la importancia teórica y práctica que posee la construcción de lenguajes artificiales y explica cómo la aceptación de la tesis de que el lenguaje y la filosofía están íntimamente conectados, conjuntamente con la idea de que el lenguaje común padece de una imprecisión sistemática, han llevado a pensar que la construcción de "lenguajes lógicamente perfectos" permitiría llegar a una filosofía libre de errores. Copi considera errónea esta conclusión: "Un lenguaje 'lógicamente perfecto' —nos dice— no puede ser utilizado como un *instrumento* de investigación filosófica porque un lenguaje puede ser considerado 'ideal', en el sentido indicado, sólo después de haber llevado a cabo la investigación filosófica correspondiente". En otras palabras: la construcción de un lenguaje formalizado no puede decidir una disputa filosófica; es más bien la aceptación de una posición filosófica particular la que nos llevará a construir el lenguaje 'ideal' correspondiente. Pese a esta posición negativa, Copi comparte la tesis de A. Church en el sentido de que el uso de

lenguaje artificiales como *modelos* para los lenguajes naturales puede tener una fructífera aplicación, especialmente en lingüística. Lamentablemente, no se señala en el trabajo cómo es posible llevar a cabo, efectivamente, dicho uso.

Dejando de lado el trabajo de P. Henle sobre el uso metafórico del lenguaje (Capítulo 7), que no ofrece un interés muy especial, nos quedan por considerar las contribuciones de W. Frankena y de C. L. Stevenson. Cada una de ellas ocupa dos capítulos y comprenden, en su totalidad, dos temas específicos.

El problema que ocupa a Frankena es el de la distinción entre significado cognoscitivo y no-cognoscitivo que, como es sabido, ha ocupado y ocupa una parte substancial de la bibliografía filosófica contemporánea. Para enfocarlo adecuadamente, Frankena comienza analizando los distintos factores involucrados en todo acto lingüístico, recogiendo así una de las sugerencias más promisorias que se han formulado últimamente dentro de la filosofía del lenguaje. Distingue nueve factores distintos que considera separadamente y compara su análisis con el de otros autores, ofreciendo una útil guía para todos aquellos interesados en esta cuestión. En el capítulo siguiente, denominado “‘Cognitive’ and ‘Noncognitive’”, Frankena “proyecta” esta distinción sobre los nueve factores señalados anteriormente obteniendo así una pluralidad de sentidos para la consabida distinción. Es ésta, quizá, una de las contribuciones más interesantes del libro y merece —sin duda— un análisis crítico específico.

C. L. Stevenson, a su vez, produce un interesante trabajo sobre el simbolismo en las artes representativas (Capítulo 8) y no representativas (Capítulo 9). Su contribución pertenece, pues, al campo de la estética. Esta es otra importante contribución digna, también, de elogio. Las tesis de S. Langer son objeto de un especial análisis crítico y el trabajo, más que lograr conclusiones definitivas busca mostrar las posibilidades de varias teorías alternativas a la de S. Langer.

Como se puede apreciar, el libro contiene un interesante material al que deben adicionarse abundantes referencias bibliográficas. En ambos aspectos su consulta es recomendable para todos aquellos —no necesariamente filósofos— que de un modo u otro se preocupan por la naturaleza del lenguaje.

EDUARDO A. RABOSI